

¿PUEDEN LAS VIRTUDES CRISTIANAS SER CONTRADICTORIAS?



El cristiano necesita estudiar constantemente su fe. Nadie ama lo que no conoce, por eso para aumentar nuestro amor a Dios, es necesario conocer mejor su Ley y la Revelación que nos dejó a través del Evangelio y de su Iglesia. Uno de los puntos de la doctrina católica que hemos llegado a conocer son las virtudes, la disposición habitual a hacer el bien. El primer y más importante conjunto de éstas son las **virtudes teologales** y **cardinales**, que gobiernan nuestra relación con Dios y su creación. Sin embargo, algunos de estos parecen contradictorios, como es el caso de la esperanza, la justicia y el temor de Dios. ¿Cómo armonizan? Y si no, ¿por qué Dios crearía virtudes controvertidas?

¿Por qué la esperanza y la justicia parecen virtudes controvertidas?

Estudiando la virtud de la esperanza aclaramos su concepto: esperar con alegría el premio prometido por el Señor. Se entiende, por tanto, que un santo, que cumple la Ley de Dios, es esperanzador al mismo tiempo que entusiasta de la justicia de Dios. Porque si Dios es justo, es decir, da a cada uno lo que se merece, el premio del santo está garantizado, y allí está el fundamento de la esperanza. Pero ¿qué pasa con el pecador? Sabe que no está en una buena posición para presentarse al Señor. ¿Cómo amar la justicia divina, querer que se practique y al mismo tiempo mantener la esperanza de ir al Cielo?

Además, todavía existe un don del Espíritu Santo, llamado el temor de Dios, que predispone nuestro corazón a temer ofender a nuestro creador, por el justo temor del castigo divino. La Biblia alaba tal acción, diciendo muchas veces que el Temor del Señor es el fundamento de la sabiduría, y que el justo teme a Dios. Por tanto, este don se vuelve también indispensable en la vida del cristiano.

Por lo tanto, parece imposible combinar estas tres virtudes, esperanza, justicia y temor de Dios. Para el incauto, practicar la virtud de la esperanza sería descuidar la justicia y el temor de Dios, y para una buena persona temerosa de Dios, la esperanza eventualmente desaparece.

ejemplos historicos

Vemos que esta dinámica defectuosa surge precisamente en el momento de la revolución protestante. Lutero, el monje de la Reforma, enseñó una esperanza ajena a la justicia y al temor de Dios. Suyas son las frases "pecar mucho" y "sólo la fe salva". Ya Calvino, otro revolucionario, que originó el calvinismo, dejó de lado la esperanza, porque sólo se salvaría quien cumpliera estrictamente la Ley de Dios. Así, había algunos que podían perder toda motivación para hacer el bien, pues ya estaban condenados, y nada de lo que hicieran les garantizaría el Cielo.



Percibimos así que, cuando las virtudes no están relacionadas, la exageración que de ello resulta es dañina y puede entristecer la vida de miles de personas. Aún hoy ambas doctrinas se enseñan en varias denominaciones protestantes, responsables de coaccionar e imponer algunas acciones desmedidas en las comunidades evangélicas.

Una metáfora para aclarar bien

Santo Tomás de Aquino nos enseña que las virtudes son hermanas: no se puede practicar una y abofetear a la otra al mismo tiempo. Entonces, si queremos integridad y santidad, necesitamos practicar todas las virtudes que podamos. ¿Cómo, entonces, la esperanza, la justicia y el temor de Dios armonizan y cobran sentido en la vida del cristiano?



Imagine un padre que va a trabajar todos los días para mantener a su hijo. Después de partir temprano, regresa solo al atardecer, cansado del viaje diario. La posición verdaderamente amorosa del hijo es esta: mientras cuida los objetos en la casa de su padre, como reconoce su esfuerzo en darle todo lo que tiene, trata de arreglar el ambiente para que su padre regrese y tenga comodidad más grande. Así que tal vez limpie la casa varias veces a la semana, prepares comidas sabrosas e incluso resuelvas algunos asuntos pendientes que tu padre tendría que atender durante el fin de semana.

Y todo esto lo hace el hijo esperando sólo una cosa a cambio: que su padre sea más feliz. Porque lo ama por encima de todo, y sabiendo que es hora de que regrese, está feliz porque sabe que su padre estará complacido cuando regrese y ponga la casa en orden.

Pensemos que, un día cualquiera, el hijo, por torpe que sea, tropieza y vuelca un jarrón muy querido por su padre. Se rompe en muchos fragmentos, sin posibilidad de reparación. Es normal que el hijo sienta cierta tristeza por haber cometido este desastre, pero no hasta el punto de desear que su padre nunca regrese, porque el hijo sabe que, para su padre, mucho más precioso que el jarrón es él mismo. Y cuando el padre llega a casa, lo primero que hace el hijo es acusarse de su error y pedir perdón, mientras corre a los brazos del amoroso padre.

Esperanza, Justicia y Temor de Dios: Perfecta Armonía



Ahora pasemos a nuestra realidad: somos hijos de un Padre perfecto y amoroso. Él nos permite que cada día sea su propio camino para nosotros: cuando nos despertamos, nos da la libertad de elegir sin, sin embargo, estar físicamente presentes. Un verdadero hijo mantiene viva la esperanza: “¿Es hoy que mi Padre volverá? ¿Es hoy que volveré a ver tu rostro y correré a tus brazos? Y aunque este hijo ha roto algunos jarrones a lo largo de su vida, esta esperanza no disminuye. Al contrario: genera este santo temor: “¿Cómo he podido ser tan torpe con los asuntos de mi Padre? ¿Él, que en su bondad me dio todo lo que tengo, incluida su propia vida? Este santo temor se basa en la justicia, porque reconozco que he hecho mal y que merezco castigo.

Así se armonizan estas tres virtudes, la esperanza, el temor de Dios y la justicia: en el amor. Si amo, tengo esperanza; y si amo, temo ofender al Señor. Por eso, antes de ser polémicas, estas virtudes son fundamentales para medir nuestro amor. No podemos ser el niño relajado que no tiene amor por las cosas de su Padre, ni el niño estricto y traumatizado que no confía en el perdón de Dios.